



Revista: Históricas. Boletín de Información del Instituto de Investigaciones Históricas

Año: 2008

Número: 83

ISSN edición impresa: 0187-182X [Versión impresa]

ISBN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Históricas. Boletín de Información del Instituto de Investigaciones Históricas, 83 (2008). <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3511>

D.R. © 2024. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

“Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)”



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

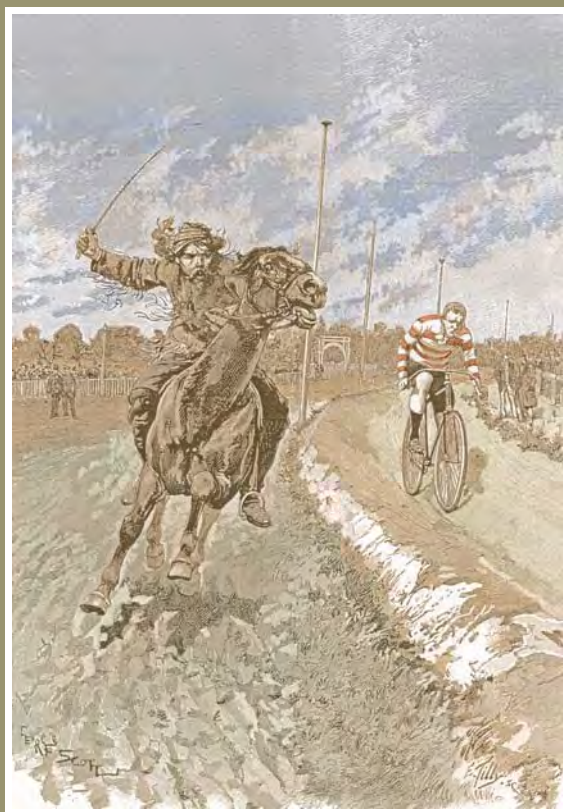


REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

ISSN 0187-182X

HISTÓRICAS

SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 2008



BOLETÍN
DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
UNAM

83

Alicia Mayer
Directora

Miguel Meléndez
Departamento de Cómputo

Alfredo Ávila
Secretario académico

Miriam C. Izquierdo
Secretaria técnica

Ena Lastra
Departamento Editorial

Rubén Olmedo Ponce
Secretario administrativo

Juan Chavarría Calzada
Coordinador de Biblioteca

Ramón Luna Soto
Asesor editorial

Investigadores

Claudia Agostoni, Berenice Alcántara Rojas, Alfredo Ávila, Alicia Azuela de la Cueva, Tiziana Bertaccini, Johanna Broda, Rosa Camelo, Víctor M. Castillo Farreras, Felipe Castro, José Covarrubias, Rodrigo Díaz Maldonado, Iván Escamilla, María José García Quintana, Amaya Garritz, Virginia Guedea, Patrick Johansson K., Ana Carolina Ibarra, Miguel León-Portilla, Janet Long Towell, Teresa Lozano, Leonor Ludlow, Roberto Martínez González, Pilar Martínez López-Cano, Álvaro Matute, Alicia Mayer, Ivonne Mijares R., José Luis Mirafuentes, Sergio Miranda Pacheco, Josefina Muriel†, Federico Navarrete, Sergio Ortega Noriega, Guilhem Olivier, Patricia Osante, Miguel Pastrana, Enrique Plasencia de la Parra, Ignacio del Río, Martín Ríos Saloma, J. Rubén Romero Galván, Javier Sanchiz, Elisa Speckman, Marcela Terrazas, Ernesto de la Torre Villar, Jorge E. Traslosheros H., Evelia Trejo, Iván Valdez Bubnov, Carmen Vázquez M., Silvestre Villegas Revueltas, Gisela von Wobeser, Carmen Yuste

Técnicos académicos

Rosalba Alcaraz Cienfuegos, Fernando Betancourt M., Cristina Carbó, Katia M. Cortés, Rosalba Cruz, Alfredo Domínguez Pérez, Carmen Fragano, Carlos García López, Alonso González Cano, Miriam Izquierdo, Roselia López Soria, Javier Manríquez, Miguel Meléndez, María Teresa Mondragón Reyes, Salvador Reyes Equiguas, María Luisa Reyes Pozos, Israel Rodríguez, Ricardo Sánchez Flores, Juan Domingo Vidargas del Moral

HISTÓRICAS

Alicia Mayer
Directora

Enrique Plasencia de la Parra
Editor

Rosalba Alcaraz
Secretaria de redacción

Comité editorial
Johanna Broda
Rosa Camelo
Janet Long Towell
Teresa Lozano
Álvaro Matute
José Luis Mirafuentes
Elisa Speckman
Ernesto de la Torre Villar

Portada: Un vaquero contra un ciclista, club deportivo de Levallois, Francia, *L'Illustration*, 4 de noviembre de 1893. Ilustraciones: *L'Illustration*, 4 de noviembre de 1893. *Históricas* es un boletín cuatrimestral editado por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, Edificio B, 3er. piso, Zona Cultural, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D. F. 04510. Editores responsables: Alicia Mayer/Enrique Plasencia de la Parra. Certificado de reserva de derechos al uso exclusivo 04-2007-092412160200-16 expedido por el Instituto Nacional del Derecho de Autor de la Secretaría de Educación Pública. Página electrónica: www.historicas.unam.mx. Correo electrónico: boletinhistoricas@servidor.unam.mx. Composición electrónica en tipos Goudy OLS BT de 11:12, 10:11 y 9:10. Tiraje: 500 ejemplares. Impreso en Hemes Impresores, Cerrada Tonantzin 6, Col. Tlaxpana, Miguel Hidalgo, México, D. F. 11370. Distribuido por el Instituto de Investigaciones Históricas, Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D. F. 04510. Precio al público \$30.00 MN (\$3.00 USD). Tel. (55)5622-7517. Portada: Mercedes Bulit. Edición al cuidado de Rosalba Alcaraz.

HISTÓRICAS 83

BOLETÍN DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, UNAM. SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 2008. ISSN 0185-182X

CONTENIDO

ENSAYOS

- Origen y devenir de los juegos con caballos y toros
en el México campirano: la diversión del *coleadero*
María del Carmen Vázquez Mantecón 2

REIMPRESOS

- En la selva de Chiapas con los lacandones
Jacques Soustelle. 14

NOTAS DEL IIH

- Reconocimientos* 20
Eventos académicos 20

PUBLICACIONES

Reseñas

- Carmen Yuste López, *Emporios transpacíficos. Comerciantes
mexicanos en Manila 1710-1815*
Elisa Itzel García Berumen. 21

- Antonio García de León, *Contra viento y marea. Los piratas
en el golfo de México*
Ricardo Pérez Montfort 25

- Novedades editoriales del IIH* 30

Origen y devenir de los juegos con caballos y toros
en el México campirano: la diversión del *coleadero*

María del Carmen Vázquez Mantecón

Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Nacional Autónoma de México

Este breve escrito consta de dos partes, a la postre relacionadas estrechamente. En la primera, me referiré al simbolismo de los toros y los caballos en el universo cultural de Occidente, para entender el arraigo que esos animales tuvieron en nuestro país a partir de la conquista por los españoles, manifestado, entre otras cosas, en una serie de juegos y diversiones que continúa viva hasta nuestros días. En esta ocasión, recupero documentos y crónicas que son un valioso testimonio del gusto y la enorme afición de los jinetes mexicanos por colear toros a lo largo de varios siglos. En la segunda, reseño un largometraje documental llamado *El rey de los coleaderos*, en el que se tratan —además de la diversión aludida— asuntos que son muy importantes para la vida cotidiana de muchos mexicanos.

Destacan en él la migración a los Estados Unidos; la práctica de la charrería; la identidad que ésta significa para los que han tenido que emigrar, y, entre otras cosas, los pormenores de una fiesta muy peculiar en la que ellos participan. Se han recuperado imágenes que quedan ya como documentos valiosos para la historia de las costumbres zacatecanas de los últimos decenios del siglo XX y del primero del encarrerado siglo XXI, que trascienden a la región, y se integran al debate sobre “lo mexicano”, incluidos sus símbolos y sus principales estereotipos.

Las primeras representaciones del llamado arte prehistórico fueron de équidos y bóvidos, que aparecieron juntos desde aquel origen ritual. Pasarían muchos milenios antes de que los hombres domaran a los caballos y se convirtieran en jinetes, y de que —entre 9000 y 8000 a.C.— surgiera una especie de toro (*bos taurus*) diferente a los bisontes y a los uros o toros primigenios, cuya potencia sedujo también a los hombres, al grado de que la integraron a su imaginario cotidiano y sagrado. Desde el mismo paleolítico superior, donde se ubica la presencia de las pinturas en cuevas, empezó a gestarse un especial simbolismo relacionado con ambas especies de mamíferos que ha variado a lo largo del tiempo, dependiendo de cada lugar y de cada cultura en la que pervivieron y se multiplicaron.

Aunque ciertamente habrá características que los distinguan, en términos generales, el complejo simbolismo —por ambivalente y ambiguo— de caballos y toros está de alguna manera emparentado cercanamente. Muchos estudiosos de la imaginación simbólica han aceptado a partir de la interpretación de Leroi-Gourhan, que su presencia en las cuevas no es gratuita, ya que expresa una dualidad que fundamentaría el principio masculino y el femenino, respectivamente, representados en los caballos y en los bóvidos.¹

El hecho de que los équidos sean los animales más representados en las cuevas se debe quizá a que eran más abundantes en la zona de Altamira, Cantabria y Francia, a diferencia de los bisontes que habitaban en la estepa en condiciones de frío más rigurosas.² Una creencia muy antigua asocia al caballo a las tinieblas del mundo ctónico o de abajo, del que surge galopando desde las entrañas de la tierra o de los abismos del mar. Hijo de la noche y del misterio, es portador de muerte y vida.³ Es símbolo de fuerza y vitalidad, y se convierte asimismo en un animal solar y uránico o del mundo de arriba, dada su potencia creadora. El caballo pasa con facilidad de la noche al día, de la muerte a la vida, de la pasión a la acción, por lo que esencialmente es manifestación de continuidad.⁴ Como pertenece a la zona de los instintos, tiene poderes de adivinación, de ahí que las herraduras se consideren de buena suerte.⁵

El toro ha encarnado a las fuerzas ctónicas —la tierra, la madre, el principio húmedo— y está ligado a la tormenta, a la lluvia, al trueno, a la luna, a la noche, a la fertilidad, a la vida. También es uránico, al ser atribuido a Mithra, divinidad solar, o al representar a los dioses creadores, por lo que se asocia con la fecundidad y el poder.⁶ Igual que el caballo, se relaciona con la realeza y es símbolo de gran fuerza —aunque su vitalidad se concentra en los cuernos— y específicamente se le asigna por encima de todo un papel procreador.⁷ Su importancia en la vida de las comunidades se manifestaba, entre otras cosas, en que presidía el tránsito hacia la muerte, en su sacrificio para el bien de todos, en que hacía prosperar a la misma agricultura y en que era protector de las ciudades y por lo tanto de las moradas de los hombres.⁸

Desde muy antiguo éstos intentaron dominar a los toros, e instituyeron juegos en donde se enfrentaban a vida o muerte con ellos, como pruebas que los guerreros debían superar. Tenemos el ejemplo de muchos héroes mesopotámicos

¹ Gilbert Durand, *Las estructuras antropológicas del imaginario. Introducción a la arquetipología general*, Madrid, Taurus, 1981.

² Eudald Carbonell y Josep Martin i Uixan, “El toro en la prehistoria: ser e imagen”, en *Toros, imagen y culto en el Mediterráneo antiguo*, Barcelona, Museo de Historia de la Ciutat/Hellenic Ministry of Culture/Ajuntament de Barcelona, 2002, p. 99.

³ Juan Eduardo Cirlot, *Diccionario de símbolos tradicionales*, Barcelona, Luís Miracle Editor, 1958.

⁴ Jean Chevalier y Alain Geerbrant, *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Herder, 1988.

⁵ Juan Eduardo Cirlot, *op. cit.*

⁶ Jean Chevalier y Alain Geerbrant, *op. cit.*

⁷ *Ibid.*, y Juan Eduardo Cirlot, *op. cit.*

⁸ *Toros, imagen y culto...*, *op. cit.*

o griegos en cuyos avatares estuvo la lucha y la victoria a partir de su encuentro con toros descomunales, que acrecentó su gloria y que hizo que perviviera su nombre y su recuerdo.⁹ En los cultos cretenses, los humanos convirtieron a los toros en el objeto que les permitía danzar y hacer acrobacias encima de ellos, tratando de demostrar con esto, según una interpretación, su superioridad y su afán por domarlo y ponerlo a su servicio.¹⁰



Litografía anónima, *Dos californios lazando un toro de las patas delanteras* (1846)¹¹

Los juegos con toros, convertidos luego en espectáculos, derivaron de estos ejemplos que he señalado, y se manifestaron en dos vertientes fundamentales: por un lado en la forma ritualizada de las corridas con el sacrificio del toro, y por

⁹ Pedro Azara, "El becerro de oro. El imaginario del toro en el mundo antiguo", en *Toros, imagen y culto...*, op. cit., p. 58.

¹⁰ Hans Biedermann, *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Paidós, 1996.

¹¹ Domingo Revilla, "Escenas del campo. Un coleadero", *Revista Mexicana*, 2a. época, sin pie de imprenta, 1846. La iconografía que muestra las escenas campiranas de los vaqueros mexicanos durante el siglo XIX y principios del XX cuenta con varios ejemplos importantes, entre los que hay que mencionar a Augusto Ferrán, quien en 1849 recorrió California, y en la colección que hizo de litografías y óleos que resguarda la Biblioteca Bancroft, se encuentra el titulado "Lugareños de California lazando un novillo". Destacan asimismo las singulares y bellas escenas de Moritz Rugendas, y por supuesto, la serie de pinturas de Ernesto Icaza.

otro en las justas deportivas en las que también intervienen los jinetes montados en caballos, desprendidas de los quehaceres propios de la ganadería. La presencia de ambas en nuestras tierras se explica, según un estudioso, por la herencia medieval que trajo consigo la conquista española a partir de 1521.¹² Los rancheros y vaqueros de la Nueva España, país llamado después México, que incluía por supuesto a California, Arizona, Nuevo México y Texas, se aficionaron a los juegos con caballos y toros desde el mismo momento en que éstos empezaron a reproducirse. Estaban reputados por ser jinetes estupendos y a la vez buenos toreadores, aprendido esto en sus faenas cotidianas, que implicaban marcar, arriar, capar y domar a inmensas manadas de reses y de cuacos de los principales ranchos y haciendas en los que eran trabajadores.

En los días de “herradero”, esta actividad se alternaba con jaripeos y coleaderos. Prueba de esto la tenemos ya documentada desde los primeros decenios del siglo XIX en relatos sabrosos, como el de la nombrada Marquesa Calderón de la Barca, quien a fines de 1839 asistió durante una semana al que llamó “espectáculo extraordinario”, que consistió en el encierro de cerca de setecientos toros de la hacienda de Santiago, propiedad de la familia Adalid, situada a dieciocho leguas de la capital. Admiró ahí el bramido de los toros, pero sobre todo, el brío y la pasión de los vaqueros mexicanos que —vestidos con pantalones nuevos de pieles de venado y chaquetas bordadas con botones de plata— se dedicaron sin cansancio a marcar, jinetear y colear al ganado. En pocas palabras, sentenció que esa afición era mucho mejor que la caza de la zorra, propia de su cultura anglosajona.¹³

Entre 1844 y 1846, Domingo Revilla publicó varias crónicas muy completas sobre el herradero y específicamente del coleadero, diversión, dice, que por entonces había llegado a ser muy común, y que él había presenciado desde la niñez.¹⁴ Cuenta que los entretenimientos del campo, si bien podían darse durante todo el año, eran especiales en los meses de julio y agosto en que se daban “los rodeos de ganado mayor”, en donde los rancheros disfrutaban enormemente amansar, lazar, manganear, “apealar” y colear a las reses.¹⁵

Una vez que se daba la señal de que iba a dar principio el coleadero, el caporal tomaba la garrocha y “cortaba al toro”, esto es, picaba a cada uno en el cervi-

¹² Luis Weckmann, *La herencia medieval de México*, México, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 21-22.

¹³ Frances Erskin Inglis, *La vida en México*, México, Porrúa, 1959, p. 300.

¹⁴ Domingo Revilla, “Escenas del campo. Un coleadero”, *op. cit.*, p. 243-252. En la misma revista publica otra escena campirana que titula “Los herraderos”. También cito de este mismo autor “Costumbres y trajes nacionales. Los rancheros”, *El Museo Mexicano*, 1a. época, t. 3, 1844. Las tres crónicas fueron escritas en la hacienda de Coscotitlán.

¹⁵ Manganear es una palabra que viene del latín y del griego, y se define en el *Diccionario de la Real Academia Española* como el lazo que se arroja a las manos de un caballo o un toro cuando va corriendo, para hacerle caer o sujetarlo. Apealar, como se decía en el siglo XIX, viene de peal que, según el mismo diccionario, en Cantabria y en América es la cuerda o sogas con que se amarran o traban las patas de un animal, siendo en tierras americanas donde adquirió la característica de derribar al animal en plena carrera, lanzándolo de las patas traseras. Más adelante me referiré a pial, tal como ahora se llama a esta suerte.

guillo, para ponerlos luego en el partidero del lienzo donde los esperaban los jinetes, que de tres en tres se presentaban en la suerte. Respecto de la importancia del caballo en ese juego, alabó a los llamados “salidores” que se esforzaban por pasar al toro, y a los cuacos adiestrados que variaban de dirección por seguir a los cornúpetas y que se acomodaban para que el jinete les tomara la cola.

Recupera asimismo las distintas modalidades del coleo hacia mediados del siglo XIX: podía ser *a pulso*, que consistía en enredar la punta de la cola en la mano y jalar al toro con la fuerza de la carrera; *a cabeza de silla*, que no describe, pero de la que comenta que ya no se acostumbraba por ser peligrosa y porque no tenía gracia; *a arción vieja*,¹⁶ donde el jinete ponía la cola debajo de la pierna, y en consecuencia debajo de la arción de la silla; *a arción bolera*, en la que se colocaba la cola del toro para estirarlo debajo de la arción y se la enredaba debajo de la pantorrilla y en la espuela; *a rodilla*, cuando se enredaba la mano en la cola y, encogiéndose la pierna, se ponía debajo de la rodilla apretándola con ésta y haciendo fuerza hacia adelante con todo el cuerpo para darle el tirón al toro, y finalmente, *a la charada*, que era riesgosa y se acostumbraba sólo en Jalisco, donde los jinetes tomaban la cola del toro y en la rapidez de la carrera se apeaban del caballo y lo jalaban con fuerza.

Según Domingo Revilla, la modalidad *a rodilla* se consideraba la más moderna, aunque para él, el coleo *a bolera* era “más airoso”, porque cuando el toro era liviano, la caída era “redonda”, dando éste una vuelta completa en el suelo. Agrega que esta forma la habían perfeccionado los rancheros de El Mezquital, entre ellos, José Antonio Olguín, José Luis Monroy y Pedro Lombardo, a quienes llama campeones, mientras de otros lugares menciona a “los sobresalientes” Andrés Tilas, Martín Cervantes y Ángel Carmona. No deja de ser interesante que nos diga que no causaba ningún disgusto la vista de las manos desolladas, al grado de que los envidiosos jóvenes citadinos, se presentaban ufanos en la Alameda, el Paseo, el café o el teatro, “aparentando que se habían rozado las manos en algún coleadero”.¹⁷

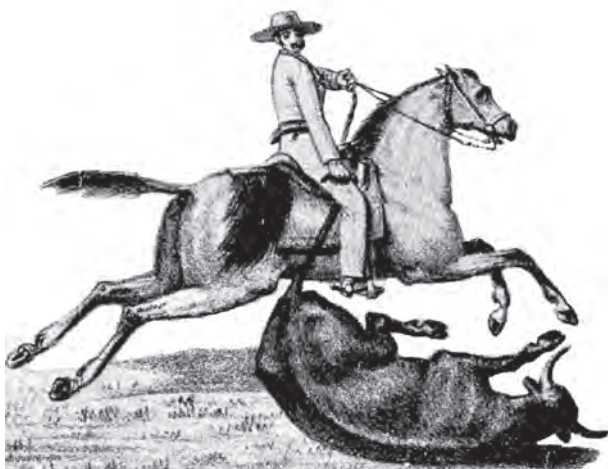
Otro texto sobre los que su autor llama “variados lances de la diversión de torear” es el de Marcos Arroniz, que es la versión de un observador ajeno a esas lides, publicado en un manual para los viajeros por México, editado en 1858. Basado en buena parte en las crónicas de Revilla, agrega también sus propias conclusiones. Le parece lamentable que “esos ejercicios varoniles” ya no sean practicados por los jóvenes de las “buenas familias” que antes “afrontaban los riesgos del toreo”, peligros que, subraya, no estaban destinados solamente a la gente del campo. Menciona asimismo algo que para la historia de esas suertes es muy interesante: el que, de entre las muchachas guapas de las poblaciones, se elegía una reina que premiaba la destreza de los valientes, con flores y “listones

¹⁶ Arción o arzón: correa de la que cuelga el estribo.

¹⁷ Domingo Revilla, *op. cit.*

de colores emblemáticos”,¹⁸ costumbre que sigue vigente en las competencias jerezanas de nuestros días.

No podían faltar, a propósito de la historia del coleadero, los textos de Luis G. Inclán, los dos primeros dados a conocer en 1860 y el tercero en 1872. Me refiero a *Reglas con que un colegial puede colear y lazar*, *Recuerdos del Chamberín* y *El capadero en la Hacienda de Ayala*. Los dos últimos están compuestos en verso, en los que, además de recrear algunas escenas sobre coleaderos, rescata bellamente el ambiente del campo, otros lances con los toros y el lenguaje empleado por los rancheros en esas actividades, asunto este que también recupera en su primer trabajo.



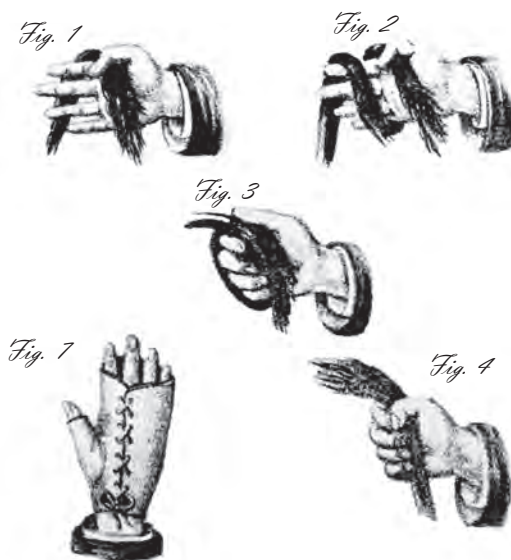
Coleo a arción corrida o arriba, litografía de Luis G. Inclán, 1860¹⁹

Respecto del primero de ellos, lo escribió a partir de haber practicado por más de veinte años esas suertes, y aclaró en la introducción que eran los mismos campiranos los que llamaban colegiales a los que no sabían “travesear a caballo”. Describe con detalle los que considera los seis modos comunes de colear toros (*a pulso, a rodilla, a arción corrida o arriba, a arción bolera para atrás, a arción bolera chica o abajo y a las apeadas o a brinco*), que no difieren mucho de los que había descrito Revilla más de diez años antes. Ofrece a sus lectores litografías de su

¹⁸ Marcos Arroniz, *Manual del viajero en México, o Compendio de la historia de la ciudad de México*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, primera edición facsimilar en 1991 de la de 1858, p. 165-172.

¹⁹ Para este lance, y según Luis G. Inclán, se voltear la punta de la cola hacia arriba; se alza la pierna un poco hacia adelante y quedará naturalmente la cola debajo del arción sin mucho esfuerzo. Agrega que la caída redonda tiene mucho valor. Luis G. Inclán, *Reglas con que un colegial puede colear y lazar*, México, Imprenta de Inclán, 1860, p. 19.

autoría para cada una de ellas, a las que agrega otra más sobre las diferentes maneras de enredar la cola en la mano para que ésta no se roce. Por último, señala cuál es la calificación de las caídas y sus valores para servir de base en las apuestas, y explica también la manera de colear yeguas, mulas y burros.²⁰



“Manera de enredar la cola en la mano”, litografía de Luis G. Inclán, 1860²¹

La charrería es, pues, deudora de las fiestas campiranas, si bien ahora se define como arte, como profesión, o como deporte sujeto a reglamentos. Desde las últimas décadas del siglo XIX, se nombra charro al hombre de a caballo, diestro en el manejo y en la doma de los cuacos y en el amansamiento de otros animales, especialmente de los toros. También desde entonces las fuentes documentales y bibliográficas que los describen reconocen que se distinguen por llevar un traje especial, que muchos definen abiertamente como rico y elegante.

²⁰ *Ibid.*, p. 6 a 34. De este autor pueden consultarse también *Recuerdos del Chamberín*, México, Imprenta de Inclán, 1860, y *El capadero en la Hacienda de Ayala, verificado los días 25 y 26 de junio de 1872*, México, Imprenta de Inclán, 1872. Todos estos trabajos están compilados en una edición moderna que llevó a cabo Manuel Toussaint con el título de *El libro de las charrerías*, México, Porrúa, 1940.

²¹ *Ibid.*, p. 14-15. Observa el autor que se pueden evitar las rozadas de las manos haciendo un guante con un pedazo de gamuza. Dice que se debe tomar la cola con la punta hacia abajo, se recoge y afianza con solo el dedo pulgar, enredándose después los cuatro dedos restantes, se cierra la mano afirmándola con la yema del dedo pulgar y quedará perfectamente amarrada, pues con sólo abrir la mano se suelta sin que ésta se roce.

A lo largo del siglo XIX, el coleadero estuvo presente por más de cincuenta años en las plazas de toros donde se llevaban a cabo “corridos” más o menos apegadas a la usanza española. Durante tres décadas de las cinco que triunfó en los ruedos mexicanos el torero gaditano Bernardo Gaviño,²² los carteles anunciaban, además de los seis toros de costumbre y del toro embolado para los aficionados, dos toros más para ser coleados. Este gusto coincidió con la inauguración de la plaza del Paseo Nuevo en 1851 y lo vemos repetirse a lo largo de muchos años. Incluso en 1857 se difundió que uno de esos toros sería derrumbado por un jinete que montaría el caballo “en pelo”.²³

El mismo Luis G. Inclán describió también otros modos particulares de colear, destacando entre ellos el que llamó “a pie al descarreto”, del que dijo que sólo podía ejecutarse con un toro bravo y que lo vio practicar con mucha maestría a los afamados toreadores mexicanos Luis Rea, Luis Ávila y Gumersindo Rodríguez en la plazas de Necatitlán y San Pablo y una que otra vez a Bernardo Gaviño en la plaza del Paseo. Ese modo consistía en que, cuando un toro se había trabado con algún caballo de los picadores, se jalaba fuertemente de la cola con las dos manos y, en el instante que el animal embestía, se le estiraba fuerte, y al tener éste la pierna torcida por la posición irregular, doblaba la corva y perdía el equilibrio.²⁴

En la época de fama del mexicano Ponciano Díaz, mejor conocido como el torero con bigotes, triunfador entre 1880 y 1903, se logró que gracias a él, tanto en los cosos mexicanos donde había corridas a la española como en las ciudades de Nueva Orleans y Madrid, gustaran por encima de todo los trajes de charro y los jinetes con sus consecuentes suertes originadas y aprendidas en las faenas del campo.²⁵

Afianzado en la Revolución que vivió México a principios del siglo XX, el nacionalismo consagró al charro como algo muy mexicano. En 1921 se fundó la Asociación Nacional de Charros y entre 1930 y 1932 el presidente Ortiz Rubio habría decretado —según Octavio Chávez, autor de *La charrería, tradición mexicana*— que el traje de charro sería en adelante un símbolo de la mexicanidad.²⁶ Lo que es indudable es que tanto los medios de comunicación como los hombres en el poder y los mismos charros —muchos de éstos resurgidos de entre los antiguos hacendados— lograron durante más de cinco décadas la consolidación de lo que hoy es un estereotipo nacional. Se dieron entonces varios tipos de charros que debemos distinguir de los auténticos —me refiero a los cantores, los disfrazados,

²² Gaviño llegó a México en 1835, país que ya no abandonó hasta su muerte, ocurrida en febrero de 1886 por una fatal cornada que recibió dos semanas antes por un toro de la ganadería de Ayala.

²³ Armando de María y Campos, *Los toros en México en el siglo XIX (1810-1863)*. Reportazgo retrospectivo de exploración y aventura, México, Botas, 1938.

²⁴ Luis G. Inclán, *op. cit.*, p. 27-28.

²⁵ He desarrollado ampliamente el tema de la distinción que hacia 1903 se hizo entre lo propio de los jaripeos y coleaderos y lo del toreo a la española, en “Charros contra gentlemen. Un episodio de identidad en la historia de la tauromaquia mexicana moderna”, en *Modernidad, tradición y alteridad*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2001, p. 161-193.

²⁶ Octavio Chávez, *La charrería, tradición mexicana*, 2a. edición, México, Casa Pedro Domecq, 1993, p. 53.

los machos, los jugadores—, promovidos por los intereses del teatro de revista y del cine ranchero²⁷ que, a pesar de todo, no han demeritado el aprendizaje ni la vigencia de las principales suertes (la cala del caballo, el pial, el jineteo de yegua y toro, el coleadero, la terna, la mangana y el paso de la muerte)²⁸ ni la proliferación de asociaciones, lienzos y competencias reglamentadas. Cada una de las suertes está regida por reglas que son muy importantes para la calificación.

El coleadero se define ahora como una suerte espectacular, impetuosa, rápida. El lienzo debe medir 60 metros y gana más puntos el que lo logra en menor terreno. Se forman equipos de tres a cinco coleadores y cada uno tiene tres oportunidades. Quedó en desuso cortar al toro y se exige que en el preciso momento de recibirlo, el jinete salude tocándose el ala del sombrero con el dorso de la mano derecha. Inmediatamente tiene que arrancar el caballo, “pachonear” al cornúpeto, esto es, darle unas palmadas en el lomo, inclinarse para agarrarle la cola, pasar por encima de ella la pierna con todo y estribo, enredarla en la espina, y al tiempo de imprimir velocidad a la carrera, jalarla para que la caída sea con un giro, lo que también cuenta en el punteo final.²⁹

El tiempo y el espacio del largometraje documental *El rey de los coleaderos*, de Héctor Hernández y Elena Pardo,³⁰ están representados en la cámara viajera que cubre de 2000 a 2003, en una territorialidad que parte de los alrededores de Jerez, en Zacatecas; pasa por Tijuana, y llega a varias ciudades del estado de California en los Estados Unidos, para emprender después el viaje de regreso hasta el punto inicial. Jerez ha sido cuna de coleadores famosos como Blas Casas (muerto en una coleada en 1945), Paco Aguilar y Rafael Graciano. A esta lista hay que agregar el nombre de Juan de la Torre, personaje principal de esta película, que es conocido como “el rey de los coleaderos” a partir de un corrido compuesto por Hilario Flores. La canción ha prendido en el gusto popular, entre otras cosas, porque la han incluido en sus repertorios varias bandas, tamboras y solistas que la interpretan tanto en Zacatecas como en distintas regiones de California, y también porque muchos se identifican con las estrofas que mencionan la migración y el retorno anual a la fiesta jerezana. En el sentimiento de la

²⁷ Tania Carreño, “El charro”. *La construcción de un estereotipo nacional (1920-1940)*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana/Federación Mexicana de Charrería, 2000, p. 25.

²⁸ Alfonso Rincón Gallardo, “Charrerías”, *Artes de México*, n. 50, 2000.

²⁹ Octavio Chávez, *op. cit.*, p. 70-75.

³⁰ Ficha técnica: México, 2004. Duración 70 minutos. Formato: Video Digital/color. Santo Niño Producciones. Co-productores: Hermanos Pardo, Planet Audio, Neomenia. Con el apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, La Fábrica Films y la Presidencia Municipal de Jerez. Dirección: Héctor Hernández y Elena Pardo. Producción: Héctor Hernández y Elena Pardo. Fotografía: Elena Pardo. Edición: Santiago Torre. Sonido directo: Daniel Hidalgo Valdés. Música: Banda La Auténtica de Jerez, Inez Hernández y sus Pitayeros del Bravo y José Luis Almeida. Premios: San Diego Latino Film Festival, 2005: premio al mejor nuevo director. County California Latino Film Festival, 2005: premio del público.

gente que gusta del corrido está asimismo la admiración y el respeto que provocan las historias de aquellos que después de haber vivido en la más extrema pobreza, como es el caso de Juan, se fueron de “mojados” a los Estados Unidos y vuelven a su tierra periódicamente convertidos en hombres prósperos.

Ese corrido “habla la verdad”, según expresa uno de los primeros entrevistados en este documental. Algunos más dirán admirarlo porque es buen coleador, porque gasta bastante dinero y porque es el mejor para colear y el mejor para gastar. Pero como siempre sucede, y aunque no los vemos en la película, sabemos que hay también quienes se molestan poniendo en duda el supuesto reinado, rumorando que tiene dinero porque está metido en el contrabando, o que opinan como un honesto charro entrevistado hacia el final, quien dice no dudar de su valor, pero señala que su coleo es más campirano que fiel a los reglamentos. Cada espectador sacará sus propias conclusiones sobre los aciertos y desaciertos de la vida de Juan de la Torre, así como de su necesidad de dar a conocer esa versión que se ha forjado de sí mismo. El caso es que las ganancias que ha acumulado le permiten, como él dice, “darse el lujo” de la charrería, deporte que trae en la sangre desde niño y es consciente de que en él dispendia “un buen billete”.

Una de las secuencias más interesantes de esta película es la de la fiesta del Sábado de Gloria que tiene lugar en la ciudad de Jerez, día en que da inicio la Feria de la Primavera. Esta última se remonta al año de 1824 y, desde entonces, se ha convertido en una importante feria comercial, agrícola y ganadera que se prolonga toda la semana de Pascua. Son famosos sus coleaderos, las corridas de toros, los bailes, la danza de Matachines, y en los últimos años, su pamplonada. A esta feria regional vienen los jerezanos que han migrado a otras partes de la república y también los que viven en los Estados Unidos, sobre todo en California, siendo muchos de ellos aficionados a la charrería. La festividad sabatina destaca por la cabalgata charra y la quema de los judas, que se colocan en puntos estratégicos de la ciudad, y que a las doce en punto son incendiados y arrastrados por decididos jinetes.

A las fiestas uno va a ver, pero también a ser visto, y es el caso de Juan de la Torre y de su impecablemente vestida comitiva charra, que llegan temprano, contratan una banda de música para que los acompañe en su paseo a caballo por las principales calles jerezanas y se apostan en un buen lugar para ver la quema de los judas. La tradición rememora que ese día, aprovechando que Jesús no ha resucitado “el diablo anda suelto”, y es al mismo macaco al que veremos presidiendo la tremenda bacanal de ese Sábado de Gloria del año 2000 que este documental rescata.

Muchos asistentes prometieron no beber durante la Cuaresma, misma que termina en el momento en que estallan los judas traidores. Cumplida la penitencia, se dispondrán al goce desenfrenado: con el estruendo, empieza la borrachera, promovida también por firmas comerciales de alcoholes que patrocinan el festejo.

No pasará mucho tiempo para ver la cara oscura de la luna, ya que en medio de la confusión, el machismo y la violencia estarán cuacos, charros y féminas por el suelo, ellos y ellas mareados, algunos vomitados y otros más con heridas de gravedad. Es el mismo Juan de la Torre quien aprovecha la ocasión para señalar que, aunque en otros tiempos él fue uno de ellos, ese comportamiento no tiene mucho que ver con la charrería y que esos charros embriagados están jugando con la dignidad del deporte.

No podían faltar en esa fiesta las vibrantes escenas que nos muestran después a Juan en el lienzo, enfrentando su verdad al colear un toro de más de quinientos kilos. “Mi fama —dirá satisfecho— la agarré en tumbar ganado pesado”, aunque sólo hayan sido cinco en toda su vida. En esa ocasión, le dieron dos oportunidades para derribar a un cebú color gris perla al que no venció en la primera, pero que finalmente pudo dejar en el suelo en la segunda, aunque fuera sin pachonearlo en el lomo como determina el reglamento. Su sonrisa y su satisfacción serán tan elocuentes como sus mismas palabras que dirá después a la cámara que lo persigue. Reconocerá que es más pesada la fama que uno carga en las espaldas que los toros macizos, por lo que temía más defraudar al público expectante por confirmar si él era todavía “el rey de los coleaderos” según lo inmortalizó el corrido. Juan explicará campechanamente que, para colear, hay que “brincar la pata” y enganchar la cola en la corva. “Tienes, dice, que tratar de acomodarte a como viene el toro” y hacer equipo con tu caballo, porque se trata de “la suerte más peligrosa” a la que hay que entrarle a como te toque. Para él, salir de la suerte con salud ya es más que ganancia. Piensa también que no es precisamente un asunto de machos, pero que hay que tener valor porque se arriesga la vida.

Otro de los temas que quiero destacar es el de la migración de los trabajadores mexicanos pobres a los Estados Unidos, que este documental recrea con mucho realismo. Dado que Juan de la Torre decidió ir primero a Tijuana, la cámara viaja hasta esa ciudad y evidencia el escenario: la barda fronteriza llena de cruces por los muertos, con largas listas que los nombran; los migrantes que ya no la tienen tan fácil y que esperan el momento más oportuno para cruzar; el permanente riesgo de encontrar la muerte; los empecinados que burlan a la migra; el recuerdo de que para cruzar al *otro lado* hay que tener valor y ánimo, mismas cualidades que se necesitan para estar frente a un toro, que a la postre resulta menos difícil, si se compara con la fuerza interior necesaria ante el racismo y la humillación que padecerán en esa tierra prometida.

Como dice el refrán, “Amor viejo y camino real nunca se dejan de andar”, la práctica de la charrería significará, para muchos migrantes que han buscado mejor suerte en los Estados Unidos, un elemento clave de su identidad con México y lo mexicano. Y no sólo porque cuando vienen acá se visten de charros y compiten en los lienzos, sino porque han establecido su arte seriamente a lo largo y ancho

de los pueblos y ciudades que habitan. Esto también queda claramente documentado en este largometraje que muestra variadas escenas a propósito de este asunto. Me gusta en especial la que registra a Juan a caballo, seguido por tres niños que también montan buenos cuacos —dos ahijados y su hijo— los que, en un bosque de la ciudad de Sylmar, practican suertes charras. El padre-padrino pretende que, llegado el día de su consagración en lienzos mexicanos, representen a California.

Se recupera también la valiosa opinión del papá de los dos muchachos, el zacatecano Ismael Juárez, quien allá maneja un camión recolector de basura y cree de todo corazón que “hay que inculcar en los hijos, con raíces bien fundadas, que esa tierra era parte de nuestro México y que algún día va a volver a ser”. En esos rumbos —concluye categórico— ya somos “chingos de mexicanos que tenemos a los gabachos arrinconados por las orillas”. Cada ocho días hay por allá coleaderos que —según un charro entrevistado en uno de ellos— a la “raza” que asiste, aunque ya tenga la ciudadanía estadounidense, les hace sentir al cien por ciento que son mexicanos.

Tres años después la cámara encuentra de nuevo a Juan en Sylmar, en donde ya es propietario de varios caballos cuarto de milla, “lo máximo”, dice, para ejecutar las suertes charras. La bien aprovisionada caballeriza pertenece ahora a uno de sus hermanos. Formó un equipo de charrería que empezó a dar la pelea en las competencias llamado Hacienda 56, nombre y número del fierro para herrar ganado de una antigua hacienda zacatecana, de la que antaño sus abuelos fueron peones. El trabajo paciente con el grupo, en el que se incluyen muchos jóvenes de origen mexicano, ha comenzado a dar frutos redondos. Es muy reconocido el Campeonato Nacional Charro de Norteamérica, cuya octava edición tuvo lugar recientemente en Phoenix, Arizona, donde el equipo Hacienda 56, comandado por Juan de la Torre, fue coronado campeón nacional de los Estados Unidos de 2007.

El dominio sobre la fuerza instintiva de los toros —el enfrentarse a la vida o a la muerte con ellos, montados en cabalgaduras que convierten a sus jinetes en émulos de los míticos centauros; el superar las pruebas, y el que se les otorgue por ello la gloria y un lugar en la memoria colectiva— ha sido una de las obsesiones más antiguas de los hombres. Las justas deportivas en las que todo esto tiene lugar son uno de los espectáculos más atrayentes de las culturas en las que existe ese vínculo atávico entre los veloces equinos y los poderosos cornúpetas. En México, esas competencias hunden sus raíces en lo más profundo de los orígenes de la humanidad, y como podemos comprobar por el documental de Héctor Hernández y Elena Pardo, tienen un tiempo y un espacio vigentes, entre otras cosas, a partir de una identidad que se forja día a día en otras tierras y que está en relación estrecha con los juegos entre hombres, caballos y toros. □

En la selva de Chiapas con los lacandones*

Jacques Soustelle

Pocas veces tiene el etnólogo tanta suerte como la que tuve al estudiar los indios lacandones del estado de Chiapas. Por interesantes que sean en general los indios de México, sabido es que la conquista española y el periodo colonial han borrado muchos rasgos de su cultura original, cuando no la han destruido por completo. Especialmente en lo que toca a las religiones indígenas, la evangelización ha logrado arruinarlas a tal grado que de las majestuosas construcciones rituales y teológicas sólo han subsistido supersticiones aisladas despojadas de su significado más hondo. Por eso el etnólogo que trabaja en la Mesa Central (como lo hicimos entre los otomíes de México e Hidalgo) no puede sino soñar en lo maravillosa que resultaría para sus estudios una tribu indígena sin influencias exteriores, sin interpolación de elementos extraños en su cultura material e intelectual. En una palabra, indios que la conquista no hubiera afectado, presentándose a nuestros ojos como aparecieron los indios del siglo XVI ante los ojos de Cortés o de Bernal Díaz del Castillo. Eso es lo que buscábamos al internarnos en la selva lacandona, en los límites de Chiapas y Guatemala. Y lo encontramos.

Una breve estancia, en 1933, en las orillas del lago Peljá o Pethá, y del río Jetjá, me había permitido adquirir los informes y la experiencia necesarios para la preparación de una expedición más completa. En enero de 1934 fue cuando mi esposa y yo, acompañados durante la primera parte del viaje por el conocido aviador Bieler, y después por mi viejo amigo Von Schmeling, de Ocosingo, Chiapas, entramos a “las montañas”, como dicen los chiapanecos, saliendo de ellas hasta el mes de marzo. Todo ese tiempo lo pasamos entre los lacandones. Tiempo feliz, en realidad, pues se realizaba entonces el sueño de todo mexicanista: viajar a través de los siglos, volver al pasado prehistórico, vivir entre los indios verdaderos de antaño, compartiendo su labor, sus diversiones, sus ritos.

No debe ser nada complicado el equipaje del viajero en aquellas regiones. Huelga decir que los problemas de etiqueta no cuentan entre los que preocupan al etnólogo en la selva chiapaneca. Buenos zapatos, polainas, vestidos capaces de resistir la humedad y las caídas, sombreros texanos: eso es todo. Más importante es la cuestión de la comida. En el estado de Chiapas llaman a la selva “los desier-

* Publicado originalmente en la revista *Todo*, 24 de diciembre de 1935. En ese tiempo el autor era encargado del Departamento de América en el Museo Etnográfico del Trocadero en París.

tos”; y tienen razón, pues esos tupidísimos bosques están mucho menos poblados por animales o plantas útiles de lo que se imaginan los lectores de novelas exóticas. Ni los mismos lacandones viven del producto de la cacería, y menos nosotros. Además, a pesar de ser tan numerosas, tan diversas las especies vegetales allí representadas, muy escasas son las que proporcionan algo comestible. Tan es así que ni las mulas pueden subsistir en la selva si el viajero no tiene la precaución de llevar maíz para darles de comer; por más hojas de varias clases que las bestias tengan ante sí en el monte, casi no comen ninguna. Todo eso explica por qué nuestra carga más importante y valiosa se componía de maíz, arroz, frijol, manteca, café, galletas y algunas latas. A esto hay que añadir los regalos destinados a los lacandones (espejos, aretes, alfileres, manta, navajas y, sobre todo, sal), una cámara fotográfica y algunos accesorios, como brújula, rollos de película, etcétera.

Toda la carga se repartía en varios bultos envueltos en sendos petates, los que en la noche nos servían de “cama”. En algunos tramos de nuestro itinerario nos fue posible usar mulas, pero las más veces tuvimos que ir a pie por lo más tupido del bosque, mientras un indio de raza tzeltal cargaba el equipaje, ayudado por los mismos lacandones. En efecto, no hubiéramos podido realizar ni la décima parte de nuestros proyectos sin la ayuda de los “caribes” (como los llaman equivocadamente en Chiapas), quienes nos guiaron en la selva, por veredas que sólo ellos conocen, hasta lugares que fuimos los primeros europeos en contemplar. Fueron ellos guías amistosos y solícitos a los que seguimos con entera confianza, sin que nos hayan dado ni una ocasión de queja.

La región en que viven los lacandones tiene la forma general de un cuadrilátero, casi rectangular, inclinado de noroeste a sureste. Igual orientación tiene el río Jataté, que limita por el sur dicho territorio, mientras el Lacantún constituye el lado oriental y el Usumacinta el lado septentrional. Es de advertir que los tres ríos no son en realidad más que uno, que empieza a correr hacia el sureste bajo el nombre de Jataté, sigue hacia el norte como Lacantún y hacia el noreste se llama Usumacinta; río caudaloso, de aguas verdes opacas, cortado por rápidos y raudales, y que recibe por tres vertientes todos los demás ríos y arroyos, numerosísimos, que cruzan la selva. Volando en avión con Bieler sobre la región, notamos con asombro la infinidad de lagos y lagunas de todos tamaños que desde el cielo se ven como espejos de jade en medio de los bosques. Todo el territorio lacandón es lodoso, pantanoso, en extremo húmedo; allí llueve continuamente de mayo a enero, y en el llamado “tiempo seco” nos azotaban tremendos temporales y fuertes aguaceros como dos días a la semana. Lodo, humedad, neblina, nubes. El sol no penetra nunca hasta el suelo, pues no puede atravesar la bóveda de ramas y hojas. En la madrugada se oye el gotear del agua mientras la neblina se va esclareciendo. Sólo en los “caribales” o rancherías de lacandones, donde ellos han desmontado el terreno, podíamos secarnos y ver el sol. Caminando en la selva, muy fácilmente se creería uno en un sótano, y a pesar de encontrarnos en la típica “tierra caliente”, más de una vez en la mañana tiritamos de frío bajo los sarapes empapados de humedad.

Pero cuando después de largas jornadas en la semioscuridad del monte, llegábamos a la orilla de una vasta laguna, inundados de luz por el cielo y por el espejo líquido, podíamos contemplar indecibles bellezas. Casi todos los lagos de esa región están encerrados entre altísimos peñascos, de los que se descuelgan bejucos gruesos como un brazo; la selva parece caer desde las cumbres como un alud. En las canoas indígenas pasábamos al pie de las colosales paredes, más pequeños e impotentes que unos insectos frente a esos gigantes de piedra, en medio del pesado silencio. Porque también es ésta una característica de aquellas selvas: el silencio, fúnebre, amenazante, que en ellas impera todo el día, roto únicamente en la madrugada y al anochecer por los gritos de las guacamayas y de los monos.

La vida de los lacandones, por más sencilla que sea, no deja de exigir de ellos muchos y duros esfuerzos. Si existió alguna vez el “buen salvaje” de los filósofos franceses del siglo XVIII, el que no tenía nada más que hacer que extender el brazo para coger las frutas de los árboles, no fue seguramente en la selva de Chiapas. Allí la naturaleza no da nada gratis. Bien lo saben los lacandones, y los trabajos de la agricultura ocupan una buena parte de su tiempo. Utilizan el procedimiento conocido desde tiempo inmemorial en Centroamérica: quemar el monte para sembrar maíz en los terrenos limpiados por el fuego. Claro que si el fuego no prende bien, o si ocurren fuertes lluvias durante la operación, peligran las siembras. Por eso todo lo que se relaciona con esa fase de la agricultura se debe hacer con la mayor solemnidad. El indio, para encender el monte, no puede usar una lumbre cualquiera, sino que emplea dos palitos, haciendo girar velozmente la extremidad de uno de ellos en un agujero del otro, hasta que el polvo de madera muy caliente producido por la operación, prenda fuego a unas fibras secas de algodón. Así se consigue fuego sagrado, como lo conseguían siglos antes los sacerdotes del Mayab y de Tenochtitlán, al usar un aparato semejante en las ceremonias del fuego nuevo. Los lacandones, además, cuidan de aplacar al dios del fuego, K’ak’, con el mismo motivo. A este dios le toca una fiesta especial poco antes del principio de los trabajos agrícolas. Como todas las deidades indígenas, está representado por un incensario de barro, pintado de blanco y rojo, con una cabeza humana igualmente de barro. La cabeza de K’ak’ lleva adornos particulares, semejantes a las crestas de un gallo. En el centro del incensario se quema *pom* (copal), y al idolito se le ofrecen pedazos de tortilla, así como la bebida ritual llamada balché. Así piensan los lacandones asegurar el éxito de sus siembras de maíz. Cultivan además el chile, la yuca, el algodón, el tabaco, la caña, y algunas veces el plátano y el tomate.

Algunas de estas plantas con toda seguridad fueron introducidas allí después de la conquista; por ejemplo, el plátano y la caña; pero no por los españoles, sino probablemente por los indios sometidos, con los que tenían algunos contactos

los lacandones. Hay razones para creer que estos indígenas han adquirido ciertos rasgos culturales de otras tribus más al sur, en Centroamérica. Es curioso el hecho, por ejemplo, de que los lacandones usan un tipo muy primitivo de “trapiche” o molino para extraer el jugo de la caña cuyo origen es posthispánico y sudamericano, habiendo pasado después a varias tribus hasta Honduras, según lo ha comprobado un genial etnólogo, el finado E. Nordenskiöld.

Después de la agricultura, la principal ocupación de los hombres es la cacería, a la que se dedican usando el arco con fenomenal puntería. Las flechas las fabrican con puntas de pedernal, muy semejantes a las que encontramos en los yacimientos prehistóricos de Europa, y es algo extraño ver a hombres de nuestra época labrar la piedra como la labraron nuestros antepasados, millares de años ha. Mientras los varones persiguen a venados, jabalíes, dantas y monos (cuya carne, a nuestro parecer insípida y pálida, es la que más les gusta), las mujeres preparan el plato típico de aquellos indios, el *k'ayem*, o sea maíz molido mezclado con agua fría; limpian el algodón, lo hilan y tejen los vestidos de ambos sexos. El hombre usa una túnica que le baja hasta la rodilla, desnudos las piernas y los pies, y largo el pelo, mientras la mujer usa la falda hasta el tobillo y trenza su pelo, adornándolo con plumas de gavilán, de cojolite, de loro, de guacamaya, etcétera. Nadie se cambia la ropa, ni de noche para tenderse en las hamacas, y por lo general tanto hombres como mujeres están extremadamente sucios, a pesar de tener a su disposición hermosos arroyos y muchísima agua corriente perfectamente limpia.

Se siente netamente, pero es difícil de explicar, lo raro que es vivir en un caríbal. Los lacandones no son nada gritones ni escandalosos, sino, por el contrario, quietos y silenciosos, sumamente discretos y sometidos a un verdadero código del *savoir-vivre*. Cada quien, adultos y niños (estos últimos vestidos de cáscara de árbol o desnudos), está ocupado por un lado u otro del campamento, sin que nadie haga ruido, hable en voz alta o se meta en el quehacer de los demás. Hasta entre hermanos se observa mucha discreción, pues no entra un indio a la choza de su hermano sin que éste se lo haya permitido expresamente, y muchas veces prefieren platicar desde afuera, muy quedamente, sin penetrar uno al jacal del otro.

Uno de los caríbales donde estuvimos más a gusto fue el del río La Arena, habitado por dos familias del clan Maash, o Mico. Dormíamos en un extremo de la casa del jefe; teníamos nuestra lumbre particular para preparar nuestros alimentos, y el buen hombre, apenas asomaba el sol, mandaba a su hijito a prendernos la lumbre, para evitarnos la molestia de hacerlo. Todo el día observábamos la vida de los indígenas, platicábamos con el jefe, sacábamos fotografías, y sólo cuando, al alzar los ojos, veíamos las cuatro paredes de selva alrededor del caríbal, pensábamos en el mundo lejano, increíblemente lejano, en las ciudades: México, París...

Ya he dicho que aquel grupo pertenecía al clan Maash. Cabe indicar aquí que los lacandones están todavía organizados de acuerdo con el sistema religioso-social primitivo llamado totemismo. Cada grupo cree tener un pariente o antecesor mítico, quien lo protege y le da su nombre; por lo general es un animal. Entre los

lacandones los dos “clanes” más importantes son los Maash (micos) y los *K'ek'en* (jabalíes), pero hay también Faisanes, Guacamayas, Tigres, etcétera... Cada indígena, hombre o mujer, lleva después de su nombre propio el de su pariente animal; sólo el padre transmite el suyo a sus hijos.

Por regla general, no se deben casar dos personas que pertenezcan al mismo grupo en relación con un mismo animal. Los hombres “micos” buscan a mujeres “jabalíes”, y recíprocamente. Dado que los grupos viven muy alejados uno de otro y muchas veces no tienen relaciones muy cordiales, este hecho viene a complicar todavía más el problema más serio de la vida social lacandona: el matrimonio. Es tal la escasez de mujeres, que un muchacho indígena de 18 años frecuentemente tiene que casarse con una mujer de 60 o 70 años de edad, que ya enviudó varias veces; otro tiene que “comprometerse” con una niña de 3 o 4 años, generalmente su prima, la que forzosamente se casará con él cuando llegue a la edad necesaria. Pero, mientras tanto, el muchacho se queda en la casa de su tío y futuro suegro, lo ayuda en todos sus quehaceres, trabaja en su milpa, etcétera. Así, pues, le resulta una verdadera fortuna a un indígena el tener muchas hijas, pues desde temprana edad los atractivos de éstas le consiguen ayudantes benévolo. Los lacandones consideran tales parejas como matrimonios efectivos, y es gracioso ver a una chiquilla seguir a su “marido” paso a paso por todo el caribal. Ambos comen juntos en un rincón del jacal de los padres de la muchacha, y tienen su lumbre propia, lo que es el verdadero símbolo del matrimonio entre esos indios.

A esto hay que añadir que los jefes e individuos principales de cada grupo practican lo más posible la poligamia; generalmente tienen dos mujeres, se ha dado el caso de que el viejo jefe K'ayum haya tenido hasta siete. Ésta es una de las razones que impiden a los jóvenes casarse con muchachas de una edad conveniente, pues los principales poseen un verdadero monopolio. Hondas enemistades y tremendos zafarranchos no tienen otro motivo que la lucha por las mujeres. Casi no hay grupo en el que no se hable de hombres muertos en tales encuentros. Yo he conocido personalmente a un joven indígena cuya madre fue muerta a flechazos en una riña semejante, después de lo cual él se metió al monte hasta que encontró al asesino. En la sombra de la selva se verificó una lucha despiadada, pero al fin el muchacho logró herir de muerte a su enemigo, e inmediatamente lo remató. Este acontecimiento provocó hondos disgustos entre los lacandones, pues entre los más cultos de ellos prevalece la idea de que los dioses no quieren ni combates ni venganzas, por más justificadas que parezcan estas últimas. Cosa muy curiosa: a pesar de las distancias que separan a los grupos indígenas, todas las noticias de esta índole se conocen en toda la selva en muy poco tiempo, y se comentan con mucho interés. Nosotros, viajando de un grupo a otro y siendo neutrales por así decirlo, oímos muchas narraciones, transmitimos muchos recados y recibimos con perfecta discreción muchas confidencias. Este papel de mensajeros fue tal vez lo que más nos permitió acercarnos a la mentalidad indígena.

Una pregunta que más de una vez se me ha presentado es la siguiente: ¿Qué número, más o menos, de lacandones existe todavía? No hemos conocido a todos los lacandones, sino solamente a seis grupos: de estos seis, cinco están situados en la mitad noroeste del territorio indígena (lago Peljá, río Chocoljá, etcétera) y uno más al sureste, distante del Jataté unos 15 kilómetros. Según lo que contaron mis amigos lacandones, en la otra mitad de la región no hay tantos núcleos de población, pero tal vez son más importantes. De todos modos creo que no me he de equivocar gran cosa si considero a los lacandones que he conocido como la mitad del total. Pues bien, esos seis grupos en conjunto suman unos ochenta individuos; así que hay muchas probabilidades de que no lleguen ni a doscientos todos los lacandones que existen en la actualidad, y esos regados por las serranías y la selva, diseminados en grupos de ocho a trece o catorce indios. ¡Qué decadencia, cuando uno lee en la crónica de Villagutierre, escrita a fines del siglo XVII, que los españoles, al intentar en vano someter a esos indígenas, encontraron pueblos que comprendían centenares de casas! Algunas chozas perdidas entre la maleza: eso es cuanto queda de los florecientes pueblos de antaño, mientras los últimos representantes de la raza que en ellos vivió van poco a poco desapareciendo por completo, dejando a la selva que reconquiste lo que fue del hombre. □



RECONOCIMIENTOS

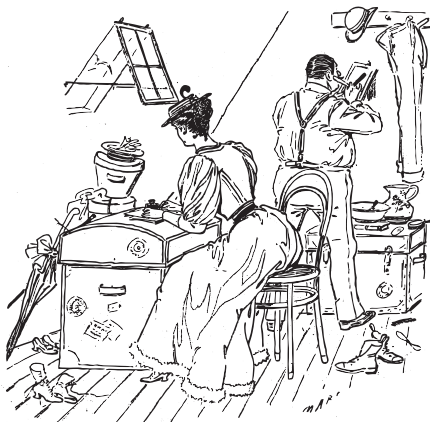
El Comité Mexicano de Ciencias Históricas dio a conocer a los ganadores de los Premios 2006 al mejor artículo y la mejor reseña publicados en revistas mexicanas. En seguida listamos a los académicos del instituto que resultaron premiados: Ignacio del Río ganó el premio al mejor artículo sobre el periodo novohispano: “Comercio, libranzas de Real Hacienda y circulación monetaria en el norte de la Nueva España (1773-1810)” publicado en nuestra revista *Estudios de Historia Novohispana* (n. 35, julio-diciembre 2006). En esa misma categoría Ana Carolina Ibarra recibió mención honorífica por su artículo “Religión y política. Manuel Sabino Crespo, un cura párroco del sur de México”, publicado en *Historia Mexicana* (julio-septiembre 2006).

EVENTOS ACADÉMICOS

Por segundo año consecutivo, el instituto ofrece el diplomado México: Un País, Muchas Historias, dirigido a estudiantes y público en general, del 28 de agosto del presente al 28 de mayo de 2009.

Se llevó a cabo el Congreso Internacional El Mundo de los Conquistadores. La Península Ibérica en la Edad Media y su Proyección en la Conquista de América, organizado por el instituto y el Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana, del 4 al 6 de junio.

En la ciudad de Durango fue presentada la obra *México en tres momentos: 1810-1910-2010. Hacia la conmemoración del bicentenario de la Independencia y del centenario de la Revolución Mexicana. Retos y perspectivas*, coordinada por Alicia Mayer, y que fue editada por el instituto el año pasado. □



○ PUBLICACIONES

RESEÑAS

Carmen Yuste López, *Emporios transpacíficos. Comerciantes mexicanos en Manila 1710-1815*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2007, 512 p. (Historia Novohispana 78).

Elisa Itzel García Berumen

Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional Autónoma de México

Desde hace años, algunos estudiosos llamaron la atención sobre la importancia que pudo haber tenido para la economía y la sociedad novohispanas el tráfico mercantil con Filipinas, la llegada anual del galeón de Manila a Acapulco y la celebración de la feria de comercio en la costa mexicana. Sus planteamientos, insertos en la todavía debatida crisis del siglo XVII novohispano, apuntaban a que en dicha centuria este eje de intercambio comercial había sido una importante vía de inversión de los comerciantes novohispanos y una alternativa al comercio trasatlántico. Sin embargo, la falta de estudios sobre la negociación transpacífica y sobre la participación que en ella tuvieron los almaceneros de la ciudad de México seguía representando una barrera para construir nuevas interpretaciones y fortalecer las hipótesis lanzadas por la historiografía.

En este marco hay que celebrar la publicación de la obra que aquí se reseña, en la que se ofrece una interpretación re-

novada acerca del eje transpacífico, y en donde se analiza con profundidad el papel que en él desempeñaron los comerciantes de la ciudad de México desde sus dos perspectivas: la novohispana y la insular asiática. Ciertamente, en una investigación anterior sobre el comercio de Nueva España con Filipinas,¹ la autora ya había dado un paso importante en el conocimiento de la historia del tráfico mercantil entre los dos ámbitos coloniales, al mostrar que la participación de los comerciantes de México en las operaciones de adquisición de mercancías en Acapulco iba más allá de su papel de compradores en la feria del galeón. Los descubrimientos de la mencionada obra le permitieron penetrar en *Emporios transpacíficos...* con una mayor profusión en esta vía de intercambio y detenerse en un periodo trascendental, el siglo XVIII, marcado por los profundos cambios que experimentaría la negociación mercantil con las islas en relación con la presencia de los comercian-

¹ Carmen Yuste López, *El comercio de Nueva España con Filipinas, 1590-1785*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1984 (Colección Científica, 109), 98 p.

tes mexicanos en ella, en un contexto en el que la Corona española buscó minar la participación y los beneficios del comercio asiático a los novohispanos.

El libro se estructura en ocho capítulos a lo largo de los cuales se aborda el comportamiento del eje transpacífico como una alternativa de comercio intercolonial, viable y rentable, en la que los comerciantes de la ciudad de México fueron los mayores beneficiarios; y se cierra el estudio con un análisis de los motivos que llevaron a su debilitamiento y posterior disolución.

En el primer capítulo se pasa revista a los dos siglos y medio de la ruta transpacífica, se examina el sistema legal que la reguló y se enuncian los primeros elementos para comenzar a entender esta vía de intercambio mercantil como una alternativa de comercio intercolonial que, incluso, como se muestra en la obra, llegaría a convertirse en un fuerte competidor de la flota española en Nueva España.

En el segundo capítulo se estudia el marco legal que reglamentó las relaciones mercantiles entre Manila y Acapulco a través del galeón en el transcurso del siglo XVIII. Aquí se contextualiza esta línea de tráfico dentro del conjunto del comercio colonial hispánico a partir de la percepción que, acerca de la misma, se tenía en el pensamiento mercantil español de aquella centuria; se estudia la organización comercial en Manila, se analizan los distintos reglamentos producidos sobre esta materia, y se explican las consecuencias del intervencionismo de las autoridades filipinas en los asuntos de comercio, lo que en su momento dio origen a pugnas y enfrentamientos. Estos avatares, aunados a las contradicciones y a la falta de homogeneidad de la legislación, llevaron a los comerciantes de Manila asociados al galeón

de Acapulco a buscar —y encontrar— los medios para adecuar las normas en función de sus intereses.

El tercer capítulo se adentra con detalle en el comportamiento de los vecinos de Manila en relación con la distribución del permiso de comercio, destacando el reducido grupo de comerciantes que llegó a monopolizar los embarques del galeón de Acapulco; y se describen los mecanismos que emplearon para llevarlo a efecto. En este sentido también se da cuenta del papel que desempeñó el resto de la población de Manila que participaba en el reparto del permiso de comercio y que había coadyuvado a la concentración de las cargas del galeón en pocas manos. Por otro lado, no se descuida el tema de los préstamos marítimos que se utilizaron en la negociación transpacífica, otorgados fundamentalmente con fondos pertenecientes a obras pías, ni tampoco el que alude a los extranjeros de origen europeo que buscaron asociarse al comercio en Manila. Por último, se aborda la participación pública y privada de las autoridades filipinas en los tratos del galeón y se apuntan los caminos que siguieron para adherirse a ellos.

En el capítulo cuarto se ponen al descubierto los medios utilizados por los comerciantes de México para insertarse en la organización mercantil filipina entre 1700 y 1771, y aquellos para fomentar en Manila encomiendas mercantiles o sociedades comerciales que promovieron la creación de verdaderos emporios transpacíficos, como se detalla.

El capítulo quinto se adentra con especial cuidado en la fundación del Consulado de Filipinas. Se explican sus competencias y jurisdicción, las ordenanzas que lo regularon, su administración, así como tam-

bién las posturas de los comerciantes de Manila, asociados o no a los almaceneros de México, respecto de las innovaciones introducidas por la Corona, particularmente en la distribución del permiso de comercio.

El capítulo sexto hace evidentes las consecuencias de los nuevos ordenamientos, emanados del reglamento de 1769, que limitaron la participación en los tratos del galeón a los hijos de españoles nacidos en Filipinas y a los vecinos españoles que comprobaran su residencia definitiva en las islas por cuando menos diez años. A lo largo de este capítulo se hace un recuento de los cambios y continuidades que provocarían las nuevas normativas en la estructura mercantil filipina y las estrategias implementadas por los comerciantes de Manila, asociados a los almaceneros de México para ajustarse a las nuevas circunstancias.

El capítulo séptimo se aboca a la celebración de la feria de comercio en Acapulco al arribo del galeón de Manila al puerto novohispano en el siglo XVIII. Por una parte, se describen las condiciones en las que ésta se efectuaba y se detalla el tipo de géneros asiáticos que entraban y se vendían en Nueva España, un tema, por lo demás, poco conocido. Por otra parte, se adentra en las prácticas mercantiles entre los comerciantes filipinos y los almaceneros de México en las transacciones abiertas o de libre concurrencia como en las negociaciones privadas, detrás de las cuales se encontraban las encomiendas comerciales, por un lado, y las sociedades en compañía, por el otro. Estas empresas mantuvieron lazos económicos en Manila y México, y se reforzaron, en su mayoría, por vínculos familiares. Posteriormente son estudiadas las relaciones que mantuvieron los comerciantes involucrados en el comercio trans-

pacífico con los funcionarios de Acapulco durante la estancia del galeón en el puerto, y se muestran algunos de los conflictos de intereses que dieron origen a enfrentamientos entre unos y otros.

El capítulo octavo concluye el estudio destacando los motivos principales que llevaron a la disolución del eje transpacífico como una alternativa de carácter intercolonial. Se revisan las medidas introducidas por la Corona en las islas desde 1765, la apertura de la vía de tráfico Cádiz-Manila y la fundación de la Real Compañía de Filipinas, entre otras innovaciones que estuvieron encaminadas a recuperar para la metrópoli los beneficios que generaba el comercio asiático, y anular definitivamente la participación que en él tenían los almaceneros de México. Éstas se van apuntando e hilvanando a la luz de las consecuencias que trajeron y dieron paso al resquebrajamiento de la práctica comercial transpacífica que habría de ser suprimida en 1813, y que tanto había redituado los intereses económicos de los comerciantes de los dos polos, Manila y Nueva España, y contribuido, al menos en el siglo XVIII, a la consolidación del poder económico de los almaceneros de México y a la creación de emporios transpacíficos.

En la parte final de la obra se incluyen dos cuadros: en el primero, se concentran los datos acerca del valor de la carga de los galeones en los dos sentidos de la ruta de navegación (1722-1789); y en el segundo, el valor de los derechos de almojarifazgo que recayeron sobre el comercio de Manila en Acapulco entre 1737 y 1789. De igual modo se ofrecen siete gráficos que permiten observar la tendencia del movimiento transpacífico oficial. Por último, se anexan dos apéndices relativos a las matrículas

de comerciantes de México y Manila en el siglo XVIII. Los datos vertidos en estos cuadros, gráficos y apéndices concentran una rica información que, en sí misma, constituye una valiosa fuente que ofrece y complementa el libro.

La gran cantidad de acervos y fondos documentales consultados y manejados por la autora en esta investigación, al igual que el extenso bagaje bibliográfico al que recurrió, relativo a la economía y sociedad novohispanas, al comercio colonial y a los

comerciantes de México, entre otros; la erudición con que es manejado un tema olvidado por la historiografía, especialmente si se contrasta con la relevancia que sí se le ha dado al tráfico del Atlántico, hacen de la obra que aquí se reseña un estudio integral que abre nuevas líneas de investigación, y sin duda la referencia obligada para el estudioso de la historia del tráfico transpacífico en particular, y del comercio y de los comerciantes de la Nueva España en general. □



Antonio García de León, *Contra viento y marea. Los piratas en el golfo de México*, México, Plaza y Janés, 2004, 206 p.

Ricardo Pérez Montfort

Centro de Investigaciones y Estudios
Superiores en Antropología Social, México

La gran y novedosa idea o si se quiere la innovación interpretativa de este libro de Antonio García de León dedicado a los piratas y corsarios del Mar Caribe y las Antillas durante los siglos XVI y XVII puede quedar planteada en la paradoja del papel que estos piratas representaron en la construcción y desarrollo del capitalismo dieciochesco, decimonónico y más aún del contemporáneo. La aseveración de que estas figuras, otrora románticas y aventureras, violentas y fantásticas —con sus patas de palo y sus parches oculares, sus cicatrices y sus sombreros estilo Napoleón o sus paliacates en la cabeza, sus banderas con calaveras y sus arcones rebosantes de tesoros—, se convirtieran en agentes fundamentales de un paso decisivo en la historia de Occidente, de entrada resultaría difícil de asimilar, si nos atuviéramos a esa visión estereotípica. Sin embargo, una vez concluida la lectura de este espléndido libro no sólo queda uno convencido de la importancia de estos imprescindibles agentes de la imposición del capitalismo liberal en el mundo occidental, sino que dicha imposición sería impensable sin los recursos que ellos mismos le produjeron a los capitanes de la revolución industrial y del nuevo orden económico mundial, que a su vez implicó el descalabro del imperio español y el surgimiento de Inglaterra y Francia como paladines de Occidente.

Fueron estos piratas y corsarios, según las conclusiones del autor:

los elementos precipitadores de un progreso mercantil hecho de reacciones primigenias, anárquico por su propia naturaleza, que no estaba de ninguna manera en sus planes particulares [...]. Impulsores a su manera de la iniciativa personal del lucro, del libre comercio en una época de restricciones, los piratas ayudaron a la consolidación de los mercados regionales, de los circuitos interiores sin los cuales no hubiera sido posible el avance de las reformas borbónicas. Facilitaron la vigorización de la economía mundial que empezó a moverse con las letras de crédito, los pagos posdatados, las acciones bancarias, el papel moneda, los vales, las carta cuenta y todos los artificios que surgieron en el siglo XVII para evitar poner en riesgo los tesoros metálicos contantes y sonantes, los que con tanto aparato y temor cruzaban los mares [p. 152-153].

En otras palabras, aquellos piratas y corsarios, que en el siglo XVIII y XIX dieron lugar a los arquetipos literarios de la valentía, las aventuras, la ferocidad y las islas plagadas de tesoros, más que figuras románticas o nostálgicas de un mundo que ya había desaparecido, tuvieron un papel determinante en el tránsito de una sociedad feudal a una capitalista-mercantilista, que poco a poco fue apoderándose del mundo occidental a lo largo de los siglos XVI y XVII. Su condición de promotores violentos e ilegales del comercio libre, o si se quiere del contrabando en un universo que pretendía estar cerrado a través del monopolio y el usufructo exclusivo de los beneficios que

le significaba el Nuevo Mundo a la Corona española, queda más que demostrada en los dos grandes capítulos que conforman el cuerpo central de este libro.

Con una introducción que plantea la hipótesis general señalada y que describe brevemente lo que será el transcurrir de esta lectura, Antonio García de León nos lleva a una región que participó activamente en el quehacer de los piratas y corsarios, y de la que tiene un conocimiento privilegiado ya que no sólo es originario de ahí sino que la lleva estudiando, hasta donde sé, desde que tiene uso de razón (que por cierto es mucha, tanto la razón como mucho el uso que ha hecho de ella a lo largo de su trayectoria académica y humana). Se trata de la costa del Sotavento veracruzano, la cual no sólo describe como un “lugar a donde al pasado le gusta aparecer”, sino que abre como un escenario de particular importancia para lo que será su propuesta interpretativa.

En esa introducción que lleva el bonito nombre de “Viento y marea”, Antonio nos habla por vez primera de las andanzas del pirata Lorencillo, que a finales del siglo XVII asolaría la región, y cómo su memoria todavía late en el corazón de los pobladores de la costa que rodea el volcán de San Martín de Pajapan. Con gran lirismo narra que aún hoy:

Durante la noche corren luces fugaces en esta desierta playa, y los pescadores eventuales que allí se refugian de los temporales en espera del amanecer, pocas veces lo vuelven a hacer: pasos, carreras invisibles, gritos inexplicables, seres que orinan en la oscuridad, terrones de arena usados como proyectiles y otros sucesos extraños han desalentado por generaciones a quienes han querido construir allí campamentos permanentes para la pesca nocturna. En la mañana aparecen algunas evidencias que

parecen aclarar la pesadilla: balas de cañón, artefactos oxidados, empuñaduras de espadas y, a veces, hasta restos de antiguas pistolas inglesas que se pueden recoger en la playa, como si hubieran sido arrojadas por el mar durante las borrascas nocturnas [p. 31].

El mundo de los piratas parece estar vivo todavía, aunque sólo sea en el ámbito de lo popular o lo fantasmagórico, en aquellos rumbos que vivieron de cerca la hazaña de esa enorme transformación que significó para el Occidente el paso del feudalismo al capitalismo. Desentrañar el sentido de aquellas vivencias parece ser el designio del historiar de Antonio que en su obsesión por entender esa transformación no cesa, y responde claramente a esos versos del *Balajú* que dicen:

Navegando en una tabla
donde mi amor desvanece
dijo un pajarito en jaula:
el que de historias padece
hasta con las piedras habla...

Pero más que de piedras o restos que deja el sargazo, este libro nos habla, además del proceso antes mencionado, de lugares específicos y de gente muy concreta. En el primer apartado del libro, que por cierto lleva el ambicioso título de “El ancho mundo”, Antonio se concentra en el gran tema de los imperios en disputa durante los siglos XVI y XVII, y demuestra no sólo la ineficiencia y la anacronía de la fuerza marítima española, sino que se ocupa del ascenso del poderío holandés y la construcción del puerto de Amsterdam como centro del mundo comercial internacional, para después aclarar cómo Inglaterra se encargaría de beneficiarse definitivamente de lo que quedaba de aquella riquísima carrera de Indias, que

fue quizá la productora de acumulación originaria más relevante de su tiempo, capaz de dar origen al capitalismo de la revolución industrial inglesa. En el segundo gran apartado del libro, titulado poéticamente “Según el viento y las velas”, se expone el contexto específico no sólo de las andanzas de muchos piratas como John Hawkins, Francis Drake, William Parker, Henry Morgan, François Leclerc, Diego el Mulato y muy particularmente Laurence de Graff, alias Lorencillo, sino también de las condiciones en que se erigieron, por un lado, aquel puerto itinerante de Veracruz en los siglos XVI y XVII y, por otro, el puerto de Campeche, que conformaron el espacio portuario fundamental de la costa del golfo de México.

Mientras García de León describe la región con toda clase de referencias arquitectónicas y sociales se va viendo claramente cómo tanto las autoridades virreinales como la población local y regional se convirtieron en depositarias no sólo de las enormes riquezas que unas cuantas veces al año pasaban por sus rumbos para embarcarse hacia el viejo continente, sino de procesos mucho más complejos como la producción y la ganadería local, el contrabando o las migraciones. En este segundo apartado da cuenta de cómo buena parte de la población de los Ayahualulcos, ante el embate de los piratas y los contrabandistas, tuvieron que huir tierra adentro para convertirse en pobladores importantes de las regiones del istmo oaxaqueño y de la lejanas tierras chiapanecas. Pero también menciona la importancia que tuvo todo esto en el mundo colectivo y en los recuerdos de los pobladores que sí decidieron quedarse a resistir los embates de estos agentes de la paradoja existente entre el libre comercio y la violencia rayana en el despojo salvaje.

Alrededor de estas presencias y de las memorias activas o reactivadas se han tejido muchas leyendas que pueblan aquel mundo veracruzano y que el gran Francisco Rivera, *Paco Pildora*, contemporáneo de nuestros padres o nuestros abuelos, recordó, como ejemplificando lo que dice Toño, de la siguiente manera:

Mandan las tierras de Aztlán
para España sus tesoros.
Sale cargado el galeón
con plumas, reales y loros,
lana, lino y algodón.
Se despierta la ambición,
la envidia de otras naciones,
principia la picardía
y llegan las incursiones
de la cruel piratería.

Se teme que cualquier día
se presenten los piratas,
viene el primer apagón,
todo el mundo usa alpargatas
—silencio en la población—.
Se limpia un viejo cañón
y se artilla una falúa
se reclutan voluntarios
para el islote de Ulúa
por si vienen los corsarios.

Se entrenan los presidiarios
se arma la rembambaramba
sube a la torre el vigía,
suena en los aires *La Bamba*
brilla la fusilería.
Casi despuntando el día
y por rumbo a Santiaguillo,
con las velas desplegadas
aparece Lorencillo
con sus naves bien armadas.

La ciudad alegre y fiada
se prepara a defenderse,
se levantan barricadas
y hay el afán de ponerse
con el burro a las patadas.
Llegan las barcas cargadas,
desembarcan en la playa
y rodean la población,

mientras vomitan metralla
la espingarda y el cañón.

Hay pánico y confusión
—se olvidan las alpargatas—
el fuego todo lo arrasa
y al fin entran los piratas
como Pedro por su casa.
Se incendia y se despedaza,
se desenfrena el pillaje:
robos, muertes, violaciones,
sufre la ciudad ultraje
de quedar sin pantalones.

De oro se llenan arcones,
la Iglesia es prisión sin pan,
hay asfixia y sofocones
y se habla de millones
como en tiempos de Alemán...
Después tranquilos se van
con todo el botín robado,
como se han ido otros tales...
—ya que vacías han dejado
las arcas municipales.²

Y así como dice Paco Píldora, es quizá la semejanza de aquel mundo de piratas con el nuestro lo que resulta por demás sugerente después de leer este libro. Si bien el mismo Antonio complementa su trabajo con dos apéndices, las reflexiones y las informaciones vertidas a lo largo del texto —un recuento asombroso de los naufragios históricos, de la carrera de Indias en aguas de la Nueva España entre 1519 y 1647, y un utilísimo glosario de términos náuticos— se antoja imposible no comparar aquella época y aquellos mundos americanos y europeos de hace cuatro siglos con lo que sucede hoy en día en el mundo actual.

Tal pareciera que la rapiña y los despojos hermanaran aquellas épocas con el mundo que estamos viviendo hoy en día. Pensando en que la historia gira en espirales, muy al estilo poético de Juan Bautista Vico, y tal como lo consigna Antonio en

su párrafo final, ahora vivimos entre piratas de cuello blanco y de US Army's, que muy lejos de arriesgar la vida en las cristalinas aguas del Caribe, siguen viviendo a partir del principio de ley del más fuerte y del agandalle. Lo lamentable de hoy es que sólo los vemos a través del internet, en los noticieros de la televisión y tal vez ni los vemos. Pero hay que entender, así aparece en este maravilloso libro, que la piratería no sólo fue despojo e ilegalidad, también fue factor de cambio y actividad de resistencia.

Sin embargo hoy parecemos estar muy lejos de aquellos tiempos en que el pirata, no tanto como agresor sino como agente de la modernidad, tal vez hasta como cómplice de alguna subversión, se acercaba despacito a la costa y se hacía presente para comerciar a la chita callando con los pobladores regionales. Dice Antonio:

A veces era un buque grande, cargado de las mercancías más diversas y estacionado en alguna ensenada de las inmediaciones, el que se servía de toda clase de embarcaciones menores para traficar con los colonos, quienes salían a su encuentro en partidas nocturnas, usando canoas y a veces disfrazados. En otras ocasiones era solamente el paso silencioso de las blancas velas que besaban la costa a conveniente velocidad, anunciando el arribo nocturno [p. 93].

Uno se pregunta así, al cerrar la última página de este *Contra viento y marea*, si no hay por ahí algunos piratas buenos en nuestro mundo, como quizá el mismo Toño García de León, que están anunciando con libros como éste que ya es hora de entender la historia de otra manera; que es importante el rigor y la propuesta, rescatando quizá algunas ideas de las embar-

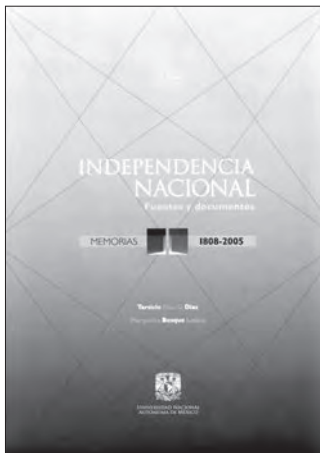
² Francisco Rivera, *Veracruz en la historia y la cumbancha*, Veracruz, Impresos y Publicidad, 1994.

caciones institucionales, pero también que es necesario impregnarlas de aires distintos, que es imprescindible acudir a otras disciplinas, desde la economía hasta la cultura popular, y que hay que pensar las cosas de nuevo y creativamente. Todo ello para atreverse a salir al paso y navegar contra las de antemano aceptadas interpretaciones de

los centros hegemónicos del saber científico social, que tanto imponen parámetros de evaluación como autores citables, para remar hacia un sitio más decoroso en la canoa de la malograda academia mexicana de hoy y lanzarse a la mar ignota de las nuevas propuestas, así como lo hace Antonio en este libro, “contra viento y marea”. □



NOVEDADES EDITORIALES DEL IIH



Independencia nacional. Fuentes y documentos. Memorias, 1808-2005, coordinación de Tarsicio García Díaz y Margarita Bosque Lastra, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Instituto de Investigaciones Históricas, Dirección General de Asuntos del Personal Académico/ Consorcio Omega, 2007, 408 p., ils.

La presente obra constituye la cristalización de un proyecto que tiene sus orígenes en tres exposiciones, que incluyeron también conferencias y mesas redondas, organizadas en el Instituto de Investigaciones Bibliográficas en septiembre de 2001, 2002 y 2003, a propósito de la conmemoración de la independencia de México. Así, se digitalizó el material proveniente de la Biblioteca y la Hemeroteca nacionales que se exhibió en los mencio-

nados años y se reúne ahora con los textos presentados durante las exposiciones —algunos realizados en el Seminario de Independencia— en el marco de las celebraciones del bicentenario del proceso histórico. Al final de la obra aparecen los textos de las conferencias de las exposiciones itinerantes.

Contenido

Presentación, *Vicente Quirarte*

Presentación, *Alfredo Anaya Gudiño*

Introducción, *Tarsicio García Díaz*

Primera exposición. Independencia nacional. Fuentes y documentos, 1808-1895

Conferencias

Panorama de la lucha por la independencia, *Luis González y González*

Notas para el estudio de la circulación del libro usado en la Nueva España, 1705-1819, *Cristina Gómez Álvarez*

Hidalgo: la pasión del libro, *Carlos Herrejón Peredo*

Oraciones cívicas o discursos septembrinos, *Ernesto de la Torre Villar*

La música de la Independencia, *María de los Ángeles Chapa Bezanilla*

Dinero e ideas, *José Antonio Serrano*

Textos, imágenes y figuras de la exposición / Fuentes documentales

Nueva España en vísperas de la revolución, *María de los Ángeles Chapa Bezanilla*

Ayuntamiento rebelde y conspiraciones, *Margarita Bosque Lastra*

La música de la Independencia, *María de los Ángeles Chapa Bezanilla*
Hidalgo. Se desencadena la revolución, *Margarita Bosque Lastra*
Hidalgo. Ideario, *Margarita Bosque Lastra*
Las lecturas del caudillo, *Carlos Herrejón Peredo*
Rayón: la junta de Zitácuaro, *Eduardo Etchart Mendoza*
España 1812: Constitución de Cádiz: 1812, 1814, 1820, *Tarsicio García Díaz*
Morelos: expansión militar de la insurgencia, *Eduardo Etchart Mendoza*
Morelos culmina el proyecto de nación, *Tarsicio García Díaz*
Xavier Mina y la resistencia, *Tarsicio García Díaz*
Iturbide: un plan conciliador y otro proyecto de nación, *Tarsicio García Díaz*
España 1820: triunfo liberal, *María de los Ángeles Chapa Bezanilla*

Segunda exposición: Independencia nacional. Fuentes y documentos 1896-1910

Conferencias

La Universidad Nacional de México, un proyecto con historia, *María de Lourdes Alvarado*
La Independencia y las fiestas del Centenario, *Florence Toussaint*
Estatuas de bronce y caricaturas de periódico, *Rafael Barajas*
La modernidad periodística de *El Imparcial* durante el Centenario, *Clara Guadalupe García*
Vistas literarias de la noche del 15 de septiembre en el siglo XIX, *Miguel Ángel Castro*
El Porfiriato, imágenes del presente: el cine en el primer Centenario de la independencia, *Federico Dávalos Orozco*
El arte mexicano entre 1898 y 1910, *Fausto Ramírez*
Arquitectura del Porfiriato, *Berta Tello Peón*
Hacia un nacionalismo musical, *María de los Ángeles Chapa Bezanilla*
Las ciencias en México y el Concurso Científico y Artístico del Centenario de la Independencia, 1910, *Leonel Rodríguez Benítez*

Textos, imágenes y figuras de la Exposición / Fuentes documentales

Pasado triunfalista, futuro borrascoso, *Gloria Villegas Moreno*
Las humanidades: entre el positivismo y las ciencias sociales, *Juan Carlos Molina Álvarez*
Los rieles del progreso nacional: la ciencia y la tecnología, *Leonel Rodríguez Benítez*
La academia y el preludio de la plástica mexicana, *Fausto Ramírez*
La música mexicana: entre la imitación y la creatividad, *María de los Ángeles Chapa Bezanilla*
La cultura y la diversión de los grupos sociales, *Miguel Ángel Castro*
El cine en México: nuevo testimonio histórico, *Gabriela Silva Antonio*
El periodismo entre la adulación y la crítica, *Clara Guadalupe García*
Las fiestas del Centenario: fuegos de artificio, *Eduardo Etchart Mendoza*
La Universidad Nacional: culmina el proyecto educativo, *María de Lourdes Alvarado*

Tercera exposición: Independencia Nacional. Fuentes y documentos 1911-2000

Conferencias

Miguel Hidalgo deja huella en el muralismo mexicano, *Raquel Tibol*

La figura de Miguel Hidalgo y Costilla en la obra de dos escritores mexicanos

contemporáneos: Jorge Ibargüengoitia y Mario Moya Palencia, *Cecilia Haupt*

Panorama historiográfico sobre la Intendencia de Guanajuato, *José Luis Lara Valdés*

La historiografía sobre la Independencia en el noroccidente de México, *Jaime Olveda*

La independencia en el sur sureste de México, *Ana Carolina Ibarra*

Apoyo externo a la historiografía de la emancipación novohispana, *Guadalupe Jiménez Codinach*

Textos imágenes y figuras de la Exposición / Fuentes documentales

Se inicia el fuego de la insurgencia, *José Luis Lara Valdés*

Valladolid, cuna de caudillos, *Marta Terán*

En Guadalajara se rompen las cadenas de la esclavitud, *Jaime Olveda*

Poder virreinal, núcleo de la resistencia, *Alfredo Ávila*

El clímax militar e ideológico, *Ana Carolina Ibarra*

Norteamérica y Europa interpretan nuestra historia, *Guadalupe Jiménez Codinach*

1921, a cien años del otro proyecto: el imperio mexicano, *Eduardo Etchart Mendoza*

Hidalgo: su cumpleaños más festejado, *Fabiola Monroy Valverde*

El buril interpreta la historia, *Sandra Arzate González*

Gastronomía y divulgación, *Margarita Bosque Lastra*

Exposiciones itinerantes

Introducción, *Tarsicio García Díaz*

Conferencias 2002/Cuautla, Morelos

La plata y la moneda mexicana, *Vera Valdés Lakowsky*

El pensamiento de Servando Teresa de Mier y la Independencia de México, *Miguel Soto*

Los franciscanos descalzos en la Nueva España, *Marcela Corvera Poiré*

El beneficio de la plata. Nota histórica sobre la tecnología minera y metalúrgica en México, 1800-1835, *Leonel Rodríguez Benítez*

José María Cos y Pérez. Un destino por intrincado camino, *Eduardo Etchart Mendoza*

Plática en la *tertulia* insurgente

La música de la Independencia, *María de los Ángeles Chapa Bezanilla*

Conferencias 2004/Cuautla, Morelos

Pasado y presente de un héroe, la historiografía sobre el cura Hidalgo en los últimos sesenta años, *Álvaro Marín Marín*

Mariano Jiménez, un comandante insurgente, *Eduardo Etchart Mendoza*

Propaganda, opinión letrada y opinión pública en Oaxaca en los tiempos de la revolución de Independencia, *Ana Carolina Ibarra*

La Real Audiencia de México frente a la insurgencia, *Sandra Arzate González*

Antología de textos. La Reforma y el Segundo Imperio (1853-1867), introducción y selección de textos de Silvestre Villegas Revueltas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Instituto de Investigaciones Históricas, 2008, 426 p., mapas (Biblioteca del Estudiante Universitario 145).

A propósito de cumplirse 150 años de la Reforma y el Segundo Imperio, en esta obra se reúnen 75 documentos acerca de esa época. La parte central de los textos que se incluyen tratan sobre la Reforma. El lector podrá encontrar circulares y despachos diplomáticos de los gobiernos involucrados en los enfrentamientos durante estos años, mapas que describen el desarrollo de las diferentes campañas militares, así como cartas y manifiestos elaborados por personajes políticos mexicanos y extranjeros.



Vivir la historia. Homenaje a Miguel León-Portilla, coordinación de Salvador Reyes Equiguas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2008, 164 p.

A manera de homenaje al doctor Miguel León-Portilla por su octogésimo aniversario y por el cincuentenario de la primera edición, UNAM, de *La filosofía náhuatl*, en este volumen se publica un conjunto de trabajos realizados con ese propósito.

Contenido

Introducción, *Salvador Reyes Equiguas*

Palabras del rector Juan Ramón de la Fuente

Homenaje a Miguel León-Portilla, *Alicia Mayer*

Homenaje al doctor Miguel León-Portilla en su 80 aniversario, *Mari Carmen Serra Puche*



Vivir la historia. Homenaje a Miguel León-Portilla, 80 años de vida, 50 años de La filosofía náhuatl

La filosofía náhuatl, una nueva visión del pasado indígena, Mercedes de la Garza Camino
Miguel León-Portilla y su estudio de los códices, Xavier Noguez

La reflexión lingüística en la obra de Miguel León-Portilla, *Pilar Máynez Miqueltzin León-Portilla ihuan macehuallahtolmomachtihqueh* (Estudiantes indígenas nahuas y Miguel León-Portilla), *Librado Silva Galeana*

Miguel León-Portilla, maestro *Huey tlamatini, cenca huel temachtian*, *José Rubén Romero Galván*

Miguel León-Portilla y el teatro, *Álvaro Matute*

El humanismo indigenista de Miguel León-Portilla, *Patrick Johansson K.*

Homenaje a los 80 años del doctor Miguel León-Portilla, *Birgitta Leander*

La filosofía náhuatl de Miguel León-Portilla a 50 años de su primera edición

“Flor y canto” de *La filosofía náhuatl*, *Juliana González Valenzuela*

Voces que fueron, voces que son..., *Eduardo Matos Moctezuma*

Celebración de la Academia Mexicana de la Lengua de los aniversarios

de *Andrés Henestrosa*, *Clementina Díaz* y de *Ovando* y Miguel León-Portilla

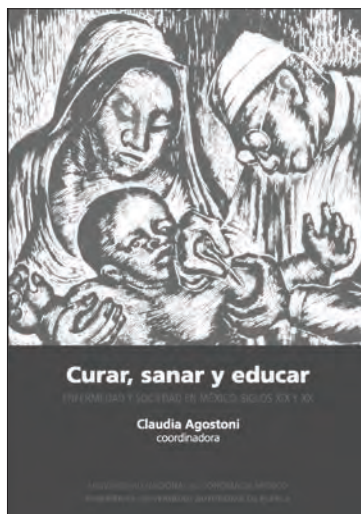
Encomio por las ocho décadas de Miguel León-Portilla, *Diego Valadés*

Entrega del Doctorado Honoris Causa, *Universidad de La Habana, Cuba*,
al doctor Miguel León-Portilla

Discurso en la entrega del Doctorado *Honoris Causa*, *Universidad de La Habana, Cuba*,
a Miguel León-Portilla, *Sergio Guerra Vilaboy*

Agradecimiento y reflexión

Agradecimiento y reflexión, Miguel León-Portilla



Curar, sanar y educar. Enfermedad y sociedad en México, siglos XIX y XX, coordinación y presentación de Claudia Agostoni, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, 2008, 350 p., ils. (Historia Moderna y Contemporánea 49).

Con base en el trabajo realizado en el Seminario de Investigación Historia Social y Cultural de la Salud en México, Siglos XVIII-XX, con sede en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, esta obra colectiva reúne once trabajos que —desde diferentes enfoques teóricos y metodológicos— examinan la multiplicidad de actores, acciones y motivaciones

mediante las que se buscó promover, consolidar y resguardar la salud física, mental y moral de la población durante los siglos XIX y XX. Los trabajos incluidos son:

Presentación, *Claudia Agostoni*

Educación, higiene y terapéuticas vigorizadoras

Primeros pasos de la higiene escolar decimonónica, *Anne Staples*

Educación especial y ciencias médicas frente a la ceguera en la ciudad de México, 1870-1928, *Christian Jullian*

Educación higiénica y consejos de salud para campesinos en *El Sembrador* y *El Maestro Rural*, 1929-1934, *María Rosa Gudiño C.*

Para integrar a la nación. Terapéutica deportiva y artística en el Manicomio de La Castañeda en un momento de reconstrucción nacional, 1929-1940, *Cristina Sacristán*

Imaginarios médicos: aborto, prostitución y nutrición

Imaginario médico y práctica jurídica en torno al aborto durante el último tercio del siglo XIX, *Fernanda Núñez B.*

La prostitución en México, ¿una mirada francesa?, *Rosalina Estrada Urroz*

La Gota de Leche. De la mirada médica a la atención médico-social en el México posrevolucionario, *Carlos Viesca Treviño*

Campañas y programas estatales e internacionales de salud

Guerra de exterminio al “fantasma de las costas”. La primera campaña contra la fiebre amarilla en México, 1903-1911, *Ana María Carrillo*

“Revolución nada más.” La campaña de la Fundación Rockefeller contra la uncinariasis en México durante la década de los 1920, *Anne-Emanuelle Birn*

Historia de un escándalo. Campañas y resistencia contra la difteria y la escarlatina en la ciudad de México, 1926-1927, *Claudia Agostoni*

La salud internacional, la Guerra Fría y la erradicación de la malaria en México durante la década de los años cincuenta del siglo XX, *Marcos Cueto*

El historiador frente a la historia. Religión y vida cotidiana, coordinación de Alicia Mayer, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2008, 272 p. (Divulgación 10).

Se trata de la publicación de la edición 2007 del Ciclo de Conferencias *El historiador frente a la historia*, un conjunto de trabajos que versan sobre la relación entre historia y vida cotidiana, por un lado, e historia y religión, por el otro. El contenido de esta obra se presenta a continuación:

Prefacio, *Alicia Mayer*

Historia y vida cotidiana

Los mexicas: entre historia y cotidianidades, *José*

Rubén Romero Galván

Los documentos judiciales novohispanos como fuentes para la historia de la vida cotidiana, *Sergio Ortega Noriega*

¿Fue el adulterio un comportamiento cotidiano?, *Teresa Lozano Armendares*

El alcoholismo en la ciudad de México a fines del Porfiriato y durante la Revolución,

Felipe Arturo Ávila Espinosa

La vida cotidiana en algunas novelas de la Revolución Mexicana, *Martha Beatriz Loyo*
“Padre, no te espantes, pues todavía estamos *nepantla*”. La evangelización como experiencia indígena, *José Rubén Romero Galván*

Los problemas de la Iglesia en una época crítica. Obispos, cabildos y catedrales ante la guerra de Independencia (Hispanoamérica 1808-1824), *Ana Carolina Ibarra*

El cura párroco al arribo del siglo XIX: el interlocutor interpelado, *Brian Connaughton*
Historiografía y religión. Un episodio decimonónico de sus relaciones, *Evelia Trejo* □



Verdaderamente, cada cosa variable tiene dentro de sí la medida de su tiempo; no hay dos cosas en el mundo que tengan la misma medida del tiempo [...]. Así pues (se puede decir verdadera y audazmente) en un tiempo del universo hay un número incalculable de tiempos.

GOHANN GOTTFRIED HERDER